

fue pieza obligada, de la cual no podía prescindirse al idear ataques y razzias en uno y otro campo enemigo.

Las torres que hoy tenemos en pie no se elevan más arriba de los 25 ó 30 metros, desde su base; pero sabemos que las hubo más altas. Si se añade a esto que todo el castillo estaba encaramado sobre una escarpada colina de no menos de 80 metros de altura, hemos de pensar que la extensión de terreno que el vigilante podía contemplar desde la atalaya más alta era inmensa. Hacia el Mediodía, la vista alcanzaba hasta las torres de otro castillo roquero: el de Almenara, jinete incansable de piedra sobre un pico de la sierra que lleva su nombre; un poco más al Este, se divisaba la sierra lejana de Lillo, y al Norte, las azuladas lomas de Altomira y quizá también los adarves del castillo de Huelves. Era imposible acercarse al castillo de Uclés sin ser descubierto mucho antes de llegar a tocar sus murallas.

Ibn Saraf, secretario del caudillo Temín, dijo de Uclés que era «ciudad muy fortificada y capital de su región...». Y ciertamente debió ser una verdadera fortaleza, en el sentido más puro de la palabra. Permutas, bodas, ardidés y engaños la hicieron pasar de unas manos a otras, pero nunca nadie llegó a rendirla a la fuerza. Ni siquiera en aquella jornada funesta de los «siete Condes». Los documentos árabes, que nos cuentan la batalla, bien lo ponen de manifiesto. Tanto Rawd-al-Quirtás, como Ibn-al-Qat-tán, afirman que los árabes tomaron fácilmente el arrabal, es decir, el poblado; pero para rendir el castillo o «alcazaba alta», donde se refugió la mayor parte de los cristianos, hubieron de emplear todo su empuje y por fin acudir al engaño: Cuando, inmediatamente después de la batalla, muerto ya el Infante don Sancho y sus nobles caballeros, el visir Ibn Saraf escribe, en nombre de Temín, al emir granadino Alí, para darle cuenta del suceso, la fortaleza todavía no se ha rendido, y es preciso recurrir después a la estratagema de la retirada fingida para que, engañados los defensores, salgan con la esperanza de huir a campo cristiano, y entonces caer sobre ellos y entrar al castillo.

En aquel siglo XI, que presencié la agonía del Califato cordobés, el nombre de nuestro castillo sonó en dos episodios más propios de la novela que de la Historia. Fue el uno la muerte del infortunado Califa Muhammad III al-Mustakfí, el cual, en 1025, ante la rebelión de los suyos, huye de la ciudad califal, disfrazado de cantora, y va a encontrar la traidora gúmia en el pretendido asilo de Uclés. El otro fue en 1091: Se proyectaba el romántico matrimonio de la mora Zaida con don Alonso VI de Castilla; ella se bautizó y tomó el nombre cristiano de María Isabel, y Uclés fue entonces una de las fortalezas que integraron la pétreo corona nupcial que Almotámid ben-Abbad de Sevilla dio a la hermosa Zaida como regalo de bodas.